

Henri Raczymow

# Un grito sin voz

Traducción de  
Isabel Romero Reche

ediciones del  
**subsuelo**

Barcelona 2011

Título original: *Un cri sans voix*

© Éditions Gallimard, 1984

I.S.B.N 978-2-0707-040-40

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2011**

(para la edición española)

I.S.B.N. 978-84-939426-1-8

[www.edicionesdelsubsuelo.com](http://www.edicionesdelsubsuelo.com)

© de la traducción: Isabel Romero Reche

Diseño de la cubierta: Maite Martín, Kilian López

Maquetación: Pilar Cerrillo

Impresión y encuadernación: Grup4 Badalona

Prohibida la venta en los países de América Latina.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Durante mucho tiempo pensé que había nacido y muerto el 22 de junio de 1944. (...) No tenía edad para luchar, pero apenas llegado a la vida, ya tuve edad suficiente para poder perecer en los crematorios de Polonia.

PIERRE GOLDMAN

Esther, mi hermana mayor, murió un día de primavera, concretamente en la primavera de 1975. Su desaparición no provocó en nosotros tristeza alguna; al menos nadie se mostró apenado. Tomamos este hecho por el fruto podrido de una fatalidad en la que nos vimos inmersos y sobre la que, por definición, no habíamos influido. Comprobamos el deterioro de aquel fruto del árbol familiar día a día, y esperamos su caída, sabedores de que, un día u otro, aquélla sería su suerte. El suicidio de Esther, en verdad, fue casi un alivio. No suscitó en casa ningún comentario y menos aún lamentaciones. Estábamos convencidos de que era debido a la «enfermedad», de la que la suponíamos víctima y, si bien ignorábamos el nombre exacto de esa «enfermedad», nos bastó con saber que era incurable. No hablábamos de eso. Es más, entendimos su suicidio, en cierto modo, como un sacrificio que ella había hecho por nosotros, para que pudiéramos vivir. Casi deberíamos agradecersele. Pero que viviéramos no era algo que a ella le preocupase, evi-

dentamente. Y nosotros queríamos vivir. En fin, por poco que fuera, queríamos construir nuestro tiempo, todo nuestro tiempo. Así que la vida siguió su curso. Los círculos concéntricos en la superficie plana y líquida de la existencia se tornaron cada vez más tenues con el paso de los días, y después se desdibujaron. Fue más que un olvido incluso; fue como si nada hubiera sucedido. En nuestro silencio acerca de Esther, no hubo voluntad alguna por evocar de nuevo su recuerdo. Aquel silencio no ocultaba afligidas palabras de culpabilidad o de remordimiento, y menos aún de nostalgia. No; aquel silencio parecía tan natural y requería tan poco esfuerzo que podría pensarse que Esther, en realidad, nunca había existido, salvo en sueños, en nuestras pesadillas más bien, pero de aquellas, imprecisas y brumosas, que el sueño borra de inmediato, para luego dejar en nuestro interior, acaso, cierto malestar de contornos excesivamente indefinidos.

Supimos darle el último adiós. El agujero estaba tapado, la herida había vuelto a cerrarse, el fruto podrido se devolvía a la tierra. Nosotros mantuvimos las formas, nos ocupamos de que su entierro, en el cementerio de Bagneux, se celebrara según el rito. Estábamos en paz.

Un día, la muerta volvió a subir a la superficie. Fue en el verano de 1982. Aquel verano, las Fuerzas de Defensa de Israel invadieron el sur de Líbano, y tras librar una lucha sin cuartel con el ejército palestino, ocuparon Beirut occidental. La operación recibió el nombre de «Paz para Galilea». Poco después nos enteramos por los periódicos de que «Paz para Galilea» significaba «Genocidio sin precedentes en la historia de la humanidad». Dijeron también que Beirut Occidental era la réplica exacta del gueto de Varsovia. A partir del otoño, no obstante, los periódicos admitieron que se habían equivocado. Allí no había habido genocidio. Y Beirut Occidental no tenía nada que ver con el gueto de Varsovia entre 1940 y 1943. Nada que ver. Les pedimos disculpas.

Aquel verano al fin recordé que en una época muy lejana y

muy cercana a la vez, unos siete años antes, yo tenía una hermana, Esther, que se había suicidado con gas, a los treinta y dos años. No la conocía bien. Pero siempre que pensaba en ella, me venían a la mente las imágenes del gueto de Varsovia, y, sobre ellas, destacaba con su ridícula y enorme gorra una silueta delgada que se recortaba sobre el fondo de una ciudad que yo desconocía y que pronto se convertiría en un campo de ruinas. Esther, para mí, era de algún modo esa ciudad. A causa de una gorra. La suya, la que ella lucía, con aquella forma tan poco usual, que Dios sabrá de dónde la habría sacado, parecida a las que llevaban unas jóvenes combatientes judías del gueto, en una fotografía que estaba colgada, y aún hoy lo está, en una pared de su cuarto. De niño, yo no sabía absolutamente nada sobre aquellas jóvenes. No me hacía preguntas; al igual que mucho después, cuando murió mi hermana, tampoco quise indagar en las razones de su acto. A decir verdad, desde mi punto de vista, no había nada que comprender, no había ningún misterio que descubrir. Así ocurre con las cosas demasiado evidentes sobre las que no hay nada que preguntarse. Debía suceder, eso es todo. A mi entender, se parecía a la suerte que habían corrido los judíos de Varsovia. Y de toda Polonia. Y de toda Europa. ¿Por qué los nazis se propusieron exterminarlos a todos? Quiero decir: ¿para qué?

En los meses previos a su muerte, ocurrieron cuatro acontecimientos de gran importancia: su viaje a Nueva York durante el verano; la separación de su marido, Simon P.; su dimisión como docente, y su pasión por un cineasta, un tal Jacques Lipshitz. Viaje, separación, dimisión y flechazo, todo esto adquiriría el valor de indicios más que de causas.

La cuestión no es que el acto que llevó a cabo resultase inexplicable para nosotros, ni que supiéramos excesivamente poco de Esther. No; la causa de su acto era en cierta manera demasiado evidente, demasiado clara: Esther era una «enferma», y el motivo de su «enfermedad» era la guerra. Sin embargo,

Esther no tenía vivencias propias de la guerra, puesto que nació en Francia el 2 de agosto de 1943, durante la ocupación alemana. Con el tiempo, cuando se enteró de que precisamente esta fecha coincidía con la de la rebelión del campo de exterminio de Treblinka, tal vez debió de decirse: «Nací el día 2 de agosto de 1943 en Francia. Pero, ese día, me habría gustado morir en Treblinka; allí es donde yo debería haber muerto».

Por haber nacido durante la guerra, nunca abandonó la guerra. Por haber nacido en Francia, no podía por menos que residir igualmente en Varsovia, en la calle Nowolipie donde vivió papá antes de trasladarse a Francia. A su modo de ver, no había duda alguna, tras aquella guerra que había arrasado con todo era impensable un después, fuera cual fuese. No obstante, sí lo hubo. Después de aquello, tuvimos una vida. ¿Qué otra elección teníamos?

Siete años después de su muerte, mi hermana Esther resucitó una noche de verano de 1982, a través de mi pluma, con otros rasgos que yo inventaba para ella, que no eran los de la muchacha con quien yo había tenido un trato más o menos superficial durante años, sino los rasgos de un personaje con el que quizá se identificaba, una joven que tenía veinte años en 1940. Como una más de la fotografía.

Las páginas que escribí aquella noche no fueron a modo de homenaje póstumo a mi hermana, sino que más bien cumplí con mi obligación personal de atravesar por todo cuanto, según creo, Esther atravesó con el pensamiento: la exterminación de los judíos de Europa a manos de los nazis. Sin saberlo, yo había sido presa de una obsesión idéntica a la suya. Un día del verano de 1982, descubrí que había tenido una hermana, la misma que se suicidó con el gas de la cocina, y comprendí que esa hermana, ese fantasma, me había conducido hasta otros fantasmas, aquellos que, en el preciso momento en que nació Esther, se reconocían en el pijama de rayas que recubría el alambre retorcido en el que se habían convertido sus cuerpos.